



VIERNES SANTO

15 de abril de 2022

En viernes santo no se inicia la celebración litúrgica con la bendición, como de costumbre. Se inicia con la monición.

MONICIÓN DE ENTRADA

Hoy el mundo está en silencio, porque Jesús, el Príncipe de la paz, el que nos invitó a caminar juntos durante estos días de cuaresma, como preparación a su Pasión, yace muerto en una Cruz por nosotros. En este silencio, en el que parece que ya no hay esperanza, hay triunfo, porque Cristo vence la muerte y se cumple así el proyecto salvador de Dios Padre. Dispongamos nuestro corazón.

[CANTO apropiado – o música sacra]

ORACIÓN

Oh Dios, que, por la Pasión de Cristo, tu Hijo, Señor nuestro, nos libraste de la muerte, herencia del primer pecado, que alcanza a toda la humanidad: concédenos asemejarnos a Él y haz que, así como naturalmente llevamos en nosotros la imagen del hombre terreno, por la gracia de la santificación llevemos también la imagen del hombre celestial. Por Jesucristo, Nuestro Señor. **R/ Amén.**

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Él fue traspasado por nuestros crímenes.

Lectura del profeta de Isaías (52,13-53-12)

“Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio? ¿A quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado.

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor



cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca; como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién meditó en su destino? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados, y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación; verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores”.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial Sal 30,2.6.12-13.15-16.17.25

V. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: Tú, el Dios leal, me librarás. **R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.**

Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos; me ven por la calle, y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. **R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.**

Pero yo confío en ti, Señor, te digo: Tú eres mi Dios. En tu mano están mis azares; líbrame de los enemigos que me persiguen. **R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.**

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón, los que esperáis en el Señor. **R/. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.**



Segunda lectura

Aprendió a obedecer y se convirtió en la causa de la salvación eterna para todos los que obedecen.

Lectura de la de la carta a los hebreos (4, 14-16; 5, 7-9)

“Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente. Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna”.

Palabra de Dios.

R/ Te alabamos, Señor.

EVANGELIO:

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según san Juan (18, 1–19,42)

C. En aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el traidor, conocía también el sitio, porque Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando la patrulla y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allá con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo:

+ ¿A quién buscáis?

C. Le contestaron:

S. «A Jesús, el Nazareno.»

C. Les dijo Jesús:

+ «Yo soy.»

C. Estaba también con ellos Judas, el traidor. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

+ «¿A quién buscáis?»

C. Ellos dijeron:

S. «A Jesús, el Nazareno.»

C. Jesús contestó:

+ «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos»

C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste.» Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco.

Dijo entonces Jesús a Pedro:

+ «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?»



C. La patrulla, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote aquel año; era Caifás el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo.» Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada que hacía de portera dijo entonces a Pedro:

S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?»

C. Él dijo:

S. «No lo soy.»

C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose. El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de la doctrina. Jesús le contestó:

+ «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me interrogas a mí? Interroga a los que me han oído, de qué les he hablado. Ellos saben lo que he dicho yo.»

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaban allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?»

C. Jesús respondió:

+ «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?»

C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote. Simón Pedro estaba en pie, calentándose, y le dijeron:

S. «¿No eres tú también de sus discípulos?»

C. Él lo negó, diciendo:

S. «No lo soy.»

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. «¿No te he visto yo con él en el huerto?»

C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo:

S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?»

C. Le contestaron:

S. «Si éste no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos.»

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley.»

C. Los judíos le dijeron:

S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie.»



C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir. Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Jesús le contestó:

+ «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?»

C. Pilato replicó:

S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?»

C. Jesús le contestó:

+ «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí.»

C. Pilato le dijo:

S. «Conque, ¿tú eres rey?»

C. Jesús le contestó:

+ «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.»

C. Pilato le dijo:

S. «Y, ¿qué es la verdad?»

C. Dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos y les dijo:

S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?»

C. Volvieron a gritar:

S. «A ese no, a Barrabás.»

C. El tal Barrabás era un bandido. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. «¡Salve, rey de los judíos!»

C. Y le daban bofetadas. Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. «Mirad, os lo saco afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa.»

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura.

Pilato les dijo:

S. «Aquí lo tenéis.»

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!»

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él.»

C. Los judíos le contestaron:

S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha declarado Hijo de Dios.»

C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más y, entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesús:



S. «¿De dónde eres tú?»

C. Pero Jesús no le dio respuesta. Y Pilato le dijo:

S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?»

C. Jesús le contestó:

+ «No tendrías ninguna autoridad sobre mí, si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor.»

C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. «Si sueltas a ése, no eres amigo del César. Todo el que se declara rey está contra el César.»

C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y lo sentó en el tribunal, en el sitio que llaman "el Enlosado" (en hebreo Gábbata). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía. Y dijo Pilato a los judíos:

S. «Aquí tenéis a vuestro rey.»

C. Ellos gritaron:

S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!»

C. Pilato les dijo:

S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?»

C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. «No tenemos más rey que al César.»

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús, y él, cargando con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice Gólgota), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos.» Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. «No, escribas: "El rey de los judíos", sino: "Éste ha dicho: Soy el rey de los judíos."»

C. Pilato les contestó:

S. «Lo escrito, escrito está.»

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. «No la rasguemos, sino echemos a suerte, a ver a quién le toca.»

C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre:

+ «Mujer, ahí tienes a tu hijo.»

C. Luego, dijo al discípulo:

+ «Ahí tienes a tu madre.»



C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa. Después de esto, sabiendo Jesús que todo había llegado a su término, para que se cumpliera la Escritura dijo:

+ «Tengo sed.»

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

+ «Está cumplido.»

C. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Todos se arrodillan y se hace una pausa.

C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día solemne, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que atravesaron.» Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo clandestino de Jesús por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo vendaron todo, con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Palabra del Señor.

R/ Gloria a Ti, Señor Jesús.

Nos sentamos para la reflexión sobre las lecturas que acabamos de escuchar.

VIERNES SANTO – CICLO C – JUAN (18, 1–19,42):

Acabamos de escuchar el relato sobrecogedor de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, tal como la vivió el evangelista san Juan. El evangelista subraya el colaboracionismo de Roma, símbolo del poder de este mundo, en la muerte de Jesús. El gobernador quería impedir a toda costa cualquier posibilidad de que se produjeran alteraciones del orden público en detrimento de la “paz romana”. Y, aunque no estaba convencido de la culpabilidad del reo, prefirió secundar el empeño de los enemigos de Jesús en beneficio de su tranquilidad.

Sin embargo, la escena del prendimiento en Getsemaní pone de manifiesto que es Jesús quien tiene el control de lo que se le viene encima. «¿A quién buscáis?», preguntó al



piquete que venía a prenderlo. Y, cuando le responden que buscan a Jesús el Nazareno, él mismo, con absoluta autoridad, se identifica y dice: «Yo soy». Y el piquete cae a tierra, porque cuando Dios se manifiesta, el hombre cae en la cuenta de su mezquindad y cae a tierra. Es lo que le pasó a Saulo cuando todavía no era Pablo y perseguía a muerte a los cristianos. Con esa confusión del piquete, el evangelista deja ver que Jesús va a morir porque acepta voluntariamente el solidarizarse con tantos condenados injustamente, y así acepta también la decisión del Padre de amarnos hasta “el extremo”.

El apóstol Pedro aparece en dos momentos del relato, y en ambos queda mal parado. En el momento del prendimiento, movido por un afecto agresivo, que no concuerda con la actitud de Jesús, saca la espada y hiere al criado del Sumo Sacerdote. Jesús le reprende y le enseña que el amor no se compagina con la violencia: «Mete la espada en la vaina. ¿El cáliz que me ha dado mi Padre, no lo voy a beber?», le dice, y así subraya que acepta los caminos del Padre, aunque sean difíciles y para nosotros incomprensibles. Bien comprobado tenemos que la violencia solo genera más violencia.

Pero es después del prendimiento cuando Pedro pone al descubierto toda su debilidad interior. Había proclamado con rotundidad que seguiría a Jesús hasta la muerte y termina con las tres negaciones que recoge el evangelista san Juan. Estaba demasiado seguro de sí mismo: quería seguir a Jesús, pero sólo contaba con sus propias fuerzas. El seguimiento es un don que Jesús le regalará después de la resurrección, cuando le pregunte por tres veces si le ama y le encomiende de nuevo el cuidado de la Iglesia. Esta escena nos pone en guardia frente a la tentación de la soberbia: seguir a Jesús es gracia, que hemos de pedir y acoger humildemente; nunca será un fruto exclusivo de nuestro esfuerzo.

Durante el proceso ante el gobernador, del que Jesús saldrá condenado a muerte, el evangelista relata el diálogo entre Jesús y Pilato; en él pone de manifiesto que el juez no tiene delante a un hombre cualquiera. Jesús reconoce sin rodeos que es rey y que ha venido al mundo «para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Pero Pilato, entre displicente y escéptico, le contesta: «Y, ¿qué es la verdad?», dando por zanjado el proceso. Este es el motivo último de la condena a muerte, entonces y ahora. A Pilato no le interesa buscar la verdad; está al servicio de Roma y eso es lo que importa. El reo que tiene delante se ha identificado con la verdad y es un estorbo o un peligro. Hoy y siempre la verdad es arrinconada en beneficio del poder; lo más cómodo es condenar a quienes dan testimonio de ella. Incluso se llega a afirmar que “la verdad” no existe, que sólo hay verdades fragmentadas, pasajeras, subjetivas y en definitiva inútiles para saber qué es lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, de manera que cada cual ha de arreglárselas como pueda... Al celebrar el Viernes Santo reconocemos que Jesús ha muerto por ser «testigo de la verdad» y que sigue siendo cierta su palabra de que «la verdad nos hace libres».



Finalmente, recordemos una vez más que la muerte de Jesús es redentora, porque esa muerte, injusta y dolorosa, no terminó en el relato que acabamos de escuchar, sino en la Pascua. Pasado mañana celebraremos con gozo la mañana de la resurrección: nuestras vidas nunca caerán en el vacío. ¡Demos gracias a Dios, que nos ha entregado a su Hijo para que el mundo se salve por Él!

Pedro Escartín Celaya

ORACIÓN DE LOS FIELES:

Ante la muerte de Cristo no valen individualismos ni estrecheces de miras; todo es universal. La cruz de Cristo nos ha traído la salvación a todos los hombres. Por eso, nos unimos ahora en oración, por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo: **R/ Te rogamos, óyenos.**

- 1.- Por la santa Iglesia, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 2.- Por el Papa, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 3.- Por todos los ministros y por el pueblo de Dios, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 4.- Por la unidad de los cristianos, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 5.- Por los catecúmenos, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 6.- Por los judíos, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 7.- Por los que no creen en Cristo, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 8.- Por los que no creen en Dios, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 9.- Por los gobernantes de todas las naciones, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**
- 10.- Por todos los que sufren, roguemos al Señor: **R/ Te rogamos, óyenos.**

Dios Padre de bondad, que nos amaste hasta entregarnos a tu Hijo; escucha la oración de tu pueblo y concédenos misericordiosamente los auxilios temporales y eternos.

Por Jesucristo nuestro Señor. **R/ Amén.**

RITO DE ADORACIÓN DE LA CRUZ

MONICIÓN:

La cruz es signo de muerte, de sufrimiento, y es anticipo de luz, de resurrección. En la cruz, instrumento de muerte, nosotros reconocemos la vida; en la cruz, patíbulo de condenados, nosotros vemos el triunfo de Cristo. Desde el primer Viernes Santo, la cruz es nuestro signo, nuestra victoria. Por eso, ahora la adoramos con reverencia sin movernos de nuestro sitio.



El animador dice:

Mirad el árbol de la cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo.

R/ Venid a adorarlo.

(El animador de la Comunidad toma la reserva Eucarística del Monumento o del Sagrario y la pone sobre el altar. Mientras colocamos la reserva eucarística sobre el altar, los feligreses pueden permanecer sentados o de rodillas. Se puede entonar un CANTO apropiado)

RITO DE COMUNIÓN.

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Padre nuestro, que estás en el cielo...

[Tomando en las manos la sagrada Eucaristía y elevándola, el animador dice:]

Hoy no celebramos la Eucaristía. Hoy contemplamos a Jesús muerto en la cruz. Pero en estos momentos de espera y dolor, nos acompaña también el Cuerpo de Cristo entregado por nosotros. Por eso, ahora comulgaremos de la Eucaristía que celebramos ayer.

[Distribución de la Sagrada Eucaristía. CANTO]

ORACIÓN FINAL

Dios todopoderoso y eterno, que nos restauraste por la bienaventurada muerte y resurrección de tu Cristo, conserva en nosotros la obra de tu misericordia, para que vivamos siempre en tu servicio por la participación de este misterio.

Por Jesucristo, Nuestro Señor.

R/ Amén.

[Se finaliza con estas palabras o algunas parecidas. Nunca se finaliza esta celebración con bendición]

En esta tarde Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?



¿Cómo explicarte a ti, mi soledad,
cuando en la cruz alzado y sólo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mí todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía,
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo,
la llave santa de tu santa puerta.

R/ Amén.